



26 de abril de 1874

La fiesta del patronato de san José

Santa María Eugenia de Jesús

Queridas hijas,

Hoy celebramos el patronato de San José, que fue declarado hace unos años por el Papa el primer patrón y protector de la Iglesia universal¹¹³⁴, y convierte a esta fiesta en una de las más importantes de la Iglesia.

Para nosotras, hijas de la Iglesia, tenemos que celebrarla con gran devoción y rezar de manera especial por el Papa, por toda la Iglesia. Este es uno de nuestros primeros deberes y no necesito recordaros que, en todas vuestras devociones, comuniones, en vuestras oraciones, en vuestra relación con el Señor, debéis presentarle todo lo que concierne a los intereses de la Iglesia. Tenemos que vivir por ella. Por ella hay que ofrecer la vida, especialmente en nuestros días cuando todos los esfuerzos del infierno intentan destruirla.

No se pueden abrir los periódicos²¹³⁵ de varios países sin ver que la Iglesia está perseguida. Es perseguida en aquellas regiones lejanas donde todavía encontramos mártires. En Sudamérica, en los países que España convirtió profundamente al catolicismo. También sucede en Alemania, en Suiza. En cierta medida y de forma hipócrita en Italia, y en Francia nos vemos amenazados diariamente por una persecución radical.

Sabéis lo que le dijo uno de los deportados de Caledonia al misionero: “*Aborrecemos vuestra religión*” *Sólo pensamos en una cosa, en destruirla*. Finalmente, en todas partes la Iglesia es objeto de odio. Parece que se está preparando el reinado del Anticristo.

Todos los que han nacido de Dios, todos los que han recibido vida y fuerza por los sacramentos de la Iglesia, todos aquellos que, como nosotros, han recibido todas las gracias posibles, deben tener como primera devoción rezar por esta Iglesia de Dios, que es todo lo que Dios ama en la tierra. San Anselmo dijo que Dios no ama nada tanto como la libertad de su Iglesia. En efecto, es el cuerpo de Jesucristo aquí en la tierra, la Esposa de Dios, todo su amor en la tierra.

Cuando rezamos, Dios quiere que le pidamos cosas que le son queridas, para concedérselas. Por eso nuestro Señor nos hace decir en el Padrenuestro: *Hágase tu voluntad*. Ciertamente, siempre se hace la voluntad de Dios, pero con esta petición conseguimos que se haga perfectamente en la tierra, unimos nuestros corazones y nuestras voluntades a todas las voluntades divinas.

¹ 8 de diciembre de 1870.

² “Les feuilles publiques”

En cuanto a San José, que es el tema de la fiesta de hoy, solamente os señalaré dos o tres cosas en las que debemos esforzarnos para imitarle: su sencillez, su obediencia y especialmente la plenitud de su amor. Sólo amaba a Jesús y a María, para él todo eran Jesús y María. Jesús y María era toda su vida, todo su amor, toda su conversación, todo su cuidado. Este es nuestro modelo.

No hay nada extraordinario en la vida de San José. Simplemente hace lo que Dios le ordena. Observa sencillamente la ley de Dios, se convierte en el más grande de los santos después de la Santísima Virgen, porque sólo tiene en cuenta a Jesús y a María y vive sólo para ellos. Cuando, como cabeza de la Sagrada Familia, tiene que mandarles no sigue su propia voluntad sino la de Dios, cumpliéndola sencillamente, absolutamente, sin un *porqué*, sin un *sí*, sin un *pero*, ni *sí* ni *no*.

Así podemos ser todos nosotros: hacer siempre lo que Dios quiere, como Él quiere, y porque Él lo quiere; cumpliendo al pie de la letra todos sus deseos, caminando recta y sencillamente ante Dios, viviendo solo para Jesús y María y encontrando en ello el principio de nuestra vida, nuestro fin, nuestro descanso, la razón de nuestras más pequeñas y más grandes acciones.

Y en esta sencillez que excluye todo razonamiento, todas las objeciones, consiste nuestra obediencia absoluta que, en cuanto descubre la voluntad de Dios conocida o manifestada, se pone en marcha para cumplirla. A esto se refieren las palabras de los salmos: *En cuanto oyó mi voz, obedeció*³.

Podría decirse que ese era el lema de San José: en medio de la noche se levanta sin objeción, sin queja, para hacer la voluntad de Dios. Por lo mismo una religiosa totalmente obediente no deja un espacio entre la llamada de Dios y la práctica, entre la orden y el cumplimiento. No hace ningún comentario ni contesta.

San José ya era así antes de que se le entregara la Santísima Virgen. El Evangelio nos dice que era un hombre recto y justo, piadoso, obediente. Por eso Dios lo eligió para ser el esposo de la Santísima Virgen, y esto ha sido su gran recompensa y también su gran santificación.

Para nosotros, desde nuestra infancia, desde nuestros primeros años, Jesús y María nos fueron entregados. Busquemos en ellos todo nuestro amor, toda nuestra vida, todo nuestro coloquio. Que sean ellos nuestra principal devoción, y entonces todos los otros puntos de vista, toda búsqueda de nosotros mismos desaparecerá.

Esta es la buena devoción que debemos tener hacia San José. Ciertamente, ya que era el proveedor de la Sagrada Familia podemos pedirle cualquier cosa que necesitemos; pero esa es una intención secundaria. Pongamos nuestra verdadera devoción en imitar su fidelidad a la ley, su prontitud en la obediencia, la sencillez de su amor, y entonces nos mirará como almas que le honran como Él desea ser honrado.

³ Sal 17:45.